

Road Movie

Salimos de Matagalpa bien temprano porque queríamos protagonizar un road movie. Prufrock llevaba su grabadora y Norberto Palacios su tomo grueso e inexplicable de *Los Hermanos Karamazov* en inglés, novela famosa. A la medianoche Palacios se asomó a la ventana del hotel con el libro en las manos y con mirada dura de Iván Karamazov dijo lo que tenía que decir que en estos tiempos la gente de algún valor siente miedo al ridículo y que esto los hace infelices. En la noche el calor me llevaba a recuerdos de mar y a la historia de Lotario que había leído recientemente en uno de esos tomos piratas que uno encuentra en el mercado. En el cuento Lotario miraba a las señoritas bañarse en el mar.

En la mañana, monotemático como siempre, Prufrock nos hablaba de mar y altamar, y soplabla el café con leche imaginándose que las ondas tan limitadas eran olas. Esto en el Comedor San Ramón y con el fondo musical de Edgard Varese. Palacios tenía abierto el libro en *Of Prayer, Love and Contact with Other Worlds*,

página 484, y decía de pronto: «*San Petersburgo, que fue Petrogrado, que fue Leningrado*». Prufrock estaba hablando de alegrías de ver el mar como en Jenofonte el Negro. El desayuno fue largo pero cuando salimos, la mañana estaba entera y esperando que iniciáramos nuestro *road movie* y tomáramos nuestros papeles.

En las últimas colonias de la salida vimos a las mujeres que alzaban los brazos y agitaban los pañuelos: «Hijos, generaciones, vencimientos impares» pensaba Prufrock. Y: «Hollar entonces las hojas muertas del camino». Norberto Palacios metió su libro en la mochila y fue el primero que entró en el sendero. Yo volví la vista a la carretera y sentí nostalgia de los camiones que se acercaban entre el humo y el ruido.

Todas las colinas eran verdes e iguales, y fuimos siguiendo los cables de alta tensión que se perdían hacia el este. Prufrock silbando a Debussy y Palacios en silencio calculando las nubes, tantas nubes blancas porque decía extrañar en el día las estrellas,

y eso lo había escrito en un poema que pensaba dar a conocer, y apartaba la mirada cuando decía «dar a conocer». En este primer tramo verde no hubo cosa que mirar y descansar cuando llegamos al río. Para nosotros el río no tenía nombre porque no llevábamos mapas.

De la mochila sacábamos el pan. Palacios mordiéndolo y extasiado en su lectura, Prufrock junto al agua midiendo el sitio en que si esto fuera un océano comenzaría el altamar, para lo cual enviaba mendrugos hasta el centro y decía: «Islas precederas». Yo me recostaba en el suelo arenoso y miraba hacia arriba, la ancha copa del guanacaste y el fondo azul del cielo, y me sentía feliz de estar protagonizando este *road movie* que en cualquier momento se volvería interesante.

Pero todo fue más lento y más tedioso cuando se acabaron los árboles y comenzaron las piedras. Al pie del último árbol visible Palacios quiso leer otro párrafo del libro que decía: «*hombre, no te pongas por sobre los animales, porque ellos son sin pecado, mientras que tú, en tu grandeza...*». Los zanates cruzaban el límite sin notar la diferencia, volando hacia el atardecer remoto, repitiendo su canto desde la punta de la roca extraña que teníamos frente a nosotros. Las palabras del libro sonaban conmovedoras y Prufrock inclinaba la cabeza como para certificarlo.

Más tarde Prufrock habló de los navegantes perdidos. La noche era oscura y con el cielo despejado era posible ver cómo las estrellas se iban pegando hacia el oeste conforme la noche avanzaba. Prufrock determinaba los secretos de la Cabellera de Berenice y las noches en que se derrumbaban constelaciones enteras que se hundían en el mar o en el desierto. Palacios habló melancólicamente de otros mundos y de los escorpiones que teníamos en el corazón siempre, incluso nosotros personajes de *road movie*, porque el Mal era una constante.

Una gran bandada de chocoyos que cruzó el cielo me despertó en la mañana. En la piedra que tenía de frente leí el gran rótulo pintado en letras rojas y con una flecha que señalaba la entrada del pueblo. Di tres pasos y pude ver la línea de casas a la orilla del camino que bajaba. No había rastros de Palacios ni de Prufrock. Allá en el horizonte las piedras seguían como que fueran infinitas aunque no lo eran. Leí de nuevo el rótulo: *En Provincias se vive para el hastío o el martirio. Escoja usted.* Y la flecha. Me sorprendió escuchar entonces la voz de Prufrock tras de mí. «*Todo el mundo vive en Provincias*» dijo.

En la casa que nos recibieron las mujeres con quimonos viejos cruzaban la sala, y el hombre hablaba de

su negocio. Un niño rubio miraba desde la puerta. El hombre nos invitó a sentarnos en el patio porque el calor no se aguantaba. Sacó hielo, una botella de ron blanco y una gaseosa. En el patio había un jardín de dalias secas. Palacios recordó su infancia y quiso escribir un poema en el que una dalia amarilla quedaba sola, reinando en la memoria, mediéndose en el tiempo. Al fondo del jardín había un excusado del que iba saliendo otra mujer en quimono. El hombre la miraba con el niño rubio sentado en sus piernas. Ella me hizo una seña para que me acercara.

«¿Quiénes son?» me preguntó. «Somos Prufrock, el más viejo; Norberto Palacios, un poeta, y yo» le dije. Eso pareció alegrarle. «En la noche podés buscarme allí dentro» me dijo. «Pero si tenes urgencia podemos vernos en el excusado».

Pero no esperamos la noche. El horizonte se ponía gris, se tornaba monótono con tantas piedras, y por vez primera sentí nostalgia de las carreteras. Al atardecer partimos y las mujeres con las caras maquilladas y el pelo prensado salieron a despedirnos. Aquella que me había llamado gritó la dirección para que no nos perdiéramos y que, si los encontrábamos, se la diéramos a los soldados que se iban acercando.

«El cielo ha comenzado a parodiar a Van Gogh» dijo Prufrock. Lo

decía con los brazos abiertos frente a los grupos de piedras que se iban juntando, formando extraños altares, montículos, esculturas. Palacios dijo que habíamos llegado, como era notable ya, a los sitios precivilizados de la serpiente y el ángel. Prufrock le dijo que de ser así, extrañaba como nunca el mar, y que el cielo era un rescoldo viejo de aquel recuerdo de la luz marina. Fue entonces que miramos al hombre echado a la orilla del camino. Estaba desnudo y parecía dormir desde mucho tiempo atrás.

Cuando supimos que el hombre desnudo no tenía nombre, decidimos llamarlo Segismundo—en realidad fue Norberto Palacios el que propuso tal nombre. En su cara la barba le había crecido abierta, como alas de pájaro, y sus dientes menudos eran negros.

«Quiero saberlo todo» dijo. «Todo y por qué».

Como era de esperarse Prufrock inició su lección con las consabidas palabras: «Hay mar y altamar...». Y nunca he escuchado a Prufrock hablar como aquella tarde de su teoría marina, exponerla en frases tan augustas, se diría, dibujar frente a los ojos de aquel hombre un concepto de mar tan real e irrefutable. Todos nos conmovimos cuando terminada la lección, Segismundo melancólico dijo: «Me encuentro en altamar. No conozco otra cosa que altamar. Extraño las costas...».

Palacios comenzó entonces su disertación, que partiendo de *Los Hermanos Karamazov*, quería ser una teoría del corazón del hombre. Pero nos interrumpieron los caballos que ahora llegaban con los dos jóvenes estrafalarios que se dirigían a una ciudad que no era Matagalpa y cuyo nombre no puedo recordar.

El más joven dijo que iba por noticias de su padre, un navegante que quizás había muerto en altamar. Prufrock se alegró de conocer a varón de tan singular prosapia y quiso que el cielo y los dioses le ayudaran. Los caballos resoplaban con deseos de seguir por aquellos polvosos caminos y la sombra de un gavilán, como un augurio, dibujaba su sombra en la tierra.

«*Como un sueño que se repite de tarde en tarde, esos jóvenes vuelven a pasar con los caballos resoplando, buscando la ciudad*» dijo Segismun-

do. Pero los jóvenes eran ahora sólo una nube de polvo que salía del camino. Prufrock prendió la grabadora y los acordes de una Sinfonía de Chuman comenzaron. El cielo más que Van Gogh era Velázquez, pero yo no podía decirlo para no contradecir a Prufrock y evitar que descubriera mi altamar como lo había hecho con Segismundo.

«*Parabienes*» dijo Prufrock cuando nos despedimos del melancólico Segismundo y seguimos la senda. Los soldados nos encontraron más adelante y las mujeres de los quimonos volvieron a decirnos adiós. Aquella de las preguntas gritó que secuestro, que destrucción, que quema, que servir al ejército. Cuando salimos a la carretera estaba atardeciendo y nos sentíamos felices de ser estos personajes de *road movie* que buscan aventuras. Y seguimos caminando. □